



Juan Domingo Argüelles

ESCRITURA
Y MELANCOLÍA

Ilustraciones de Damián Flores

jda

fórcola

ESCRITURA Y MELANCOLÍA



Juan Domingo Argüelles

ESCRITURA Y MELANCOLÍA

Prólogo de
Francisco Javier Jiménez

Ilustraciones de
Damián Flores Llanos

fórcola

Singladuras

Director de la colección: Francisco Javier Jiménez

Diseño de cubierta y maquetación: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

© Juan Domingo Argüelles, 2011

© de las ilustraciones, Damián Flores Llanos, 2011

© Fórcola Ediciones, 2011

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-915-2011

ISBN: 978-84-15174-02-8

Imprime: Elece Industria Gráfica, S. L.

Encuadernación: Moen, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

ÍNDICE

Editar a Juan Domingo Argüelles	9
Escritura y melancolía	21
Preámbulo	25
A modo de explicación	27

PRIMERA PARTE

LA ENFERMEDAD ESCRITA

Depresión... y después	39
Escritura, lectura y enfermedad	68
Temperamento y depresión	72
Enfermedad e individualidad	76
Azar, trabajo y amor	79
Angustia y sabiduría	82
Enfrentar a los fantasmas	86
En el sueño del Halcion	89
Fantasia, realidad y locura	92
Reeducar las emociones	95
Traducir los sentimientos	98
Leernos en el dolor	101
Leer y sobrevivir	104

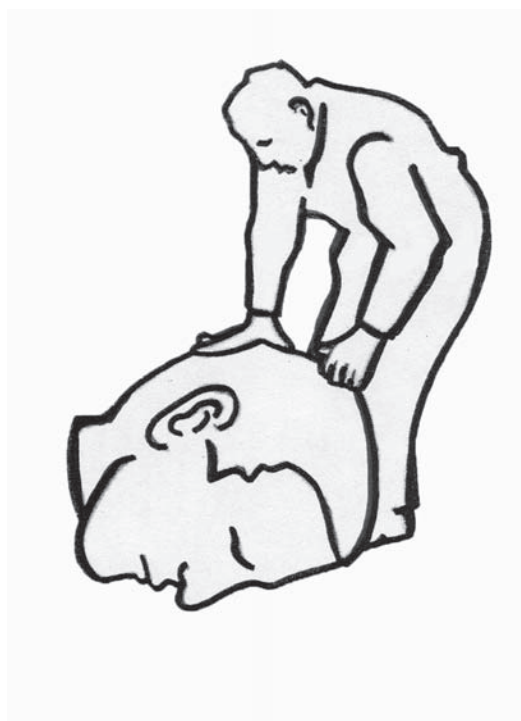
SEGUNDA PARTE
LA MAR QUE ES EL MORIR

La emoción	109
La contemplación	114
La intuición	117
La inspiración	120
El ocio	125
La tranquilidad	128
La superación	132
La alegría	136
La muerte	140
Epílogo	145
Bibliografía	149
Índice onomástico	153

Para Rosy, mi guía virgiliana entre las sombras.

Para Claudina y Juan, testigos de esta historia.

*Y para Bruno Estañol, que habló con la verdad
y dijo: «No se puede huir de la vida mientras
esté uno vivo».*



Editar a Juan Domingo Argüelles

Francisco Javier Jiménez

Bibliofrenia

9

Desde hace diez años, y con cierta regularidad, asisto a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en el estado de Jalisco, México. La visita a una de las ferias del libro más importantes del mundo ha sido estos años no sólo ocasión para reencuentros profesionales y personales con colegas y amigos (bibliotecarios, librereros, distribuidores, editores y autores), sino también para alimentar mi ya enraizada bibliofilia, o más bien crónica bibliopatía. Los treinta y cuatro mil metros cuadrados de la FIL han marcado el territorio donde, durante una semana, he dado rienda suelta a una manifiesta bibliodependencia, diagnosticada certeramente por mi buen amigo Joaquín Rodríguez como «bibliofrenia» o pasión irrefrenable por los libros.

Muchos de los afortunados descubrimientos librescos que he tenido oportunidad de disfrutar en cada edición de la FIL han sido azarosos, producto de pesquisas durante paseos sin rumbo entre los distintos stands. Otras adquisiciones, en cambio, han sido fruto de una premeditada búsqueda, programada por anti-

cipado desde el comienzo del viaje. Éste ha sido el caso de los libros de Juan Domingo Argüelles.

Libros sobre libros

10 Llevo años leyendo al mexicano Juan Domingo Argüelles, polifacético escritor, comprometido militante de la animación a la lectura, bibliotecario y carismático dinamizador cultural, además de premiado poeta y editor. Como voraz lector de libros sobre libros, los de Juan Domingo Argüelles han sido fuente de inspiración y de inagotables lecturas. Los temas fundamentales que vertebran sus numerosos libros son las luces y las sombras del fomento de la lectura, por un lado, y las contradicciones entre la industria y la cultura del libro impreso, por otro.

Ustedes que leen (2006), *Antimanual para lectores y promotores del libro y la lectura* (2008), o el más reciente *La letra muerta* (2010), son sus libros más conocidos y polémicos, donde Argüelles denuncia sin pelos en la lengua la hipocresía de una sociedad que valora la lectura como un dogma y considera al libro como un objeto sagrado al que adorar, mientras pretende fabricar lectores en serie. «La lectura —dice Argüelles—, se ha convertido en una especie de religión en manos de promotores, fomentadores y mediadores del libro, cuando debería ser una forma de oponer resistencia a la realidad.»

La lectura y el trato frecuente con los libros no deberían ser una obligación, sino una opción perso-

nal. Argüelles ha reclamado en muchas ocasiones el derecho (no la obligación) a la lectura y ha reivindicado la lectura por placer o el placer de la lectura como una de sus justificaciones primeras. Aun así, considera que hay que recuperar la dimensión moral (no moralista) del libro y la lectura, es decir: ¿de qué vale lo uno y lo otro si no logramos ser mejores personas? «Sólo vale la pena leer libros si éstos avivan la inteligencia, nutren nuestras esperanzas y nos mejoran la vida.» Se muestra así opuesto a los «torpes, por fallidos, por obstinados, por ciegos, fundamentalismos pedagógicos» que hoy es frecuente y preocupante advertir en responsables del fomento y animación a la lectura, quienes con sus equivocadas estrategias consiguen lo contrario de lo que se proponen: que los jóvenes detesten los libros, «como reacción natural ante tanto insistente rollo sermoneador y ante tanto alarmismo insensato».

11

Un encuentro iluminador

La lectura de *Antimanual* me suscitó una serie de reflexiones que, en vez de dejar garrapateadas en hojas sueltas o alguna moleskine, quise compartir *tutti quanti* en «El vuelo del Alción», blog que alimenté desde diciembre de 2008 con crónicas de viajes y lecturas. Las demoledoras palabras de Juan Domingo («hemos sacralizado al objeto libro; lo hemos convertido en fetiche y tótem») me animaron a dedicarle varias entradas donde el tema del porqué de la lectura centraba mis divagaciones.

Cuál no sería mi sorpresa cuando el 3 de febrero de 2009 recibí un correo electrónico del propio Juan Domingo donde, de forma muy cercana y cordial, me agradecía de corazón mis comentarios sobre su libro, y me confesaba: «Las afinidades en lecturas y en la forma de leer me revelan a un amigo inesperado». Con mi respuesta, que no se hizo esperar, comenzó una intensa correspondencia que desde entonces mantenemos sin descanso.

Nuestras primeras confidencias estuvieron dedicadas al intercambio de experiencias como lectores y como locos por los libros, yo como bibliófilo, él como bibliósofo. Los mensajes por correo electrónico se vieron complementados con cartas y paquetes postales donde unas líneas a vuelapluma acompañaban regalos en forma, cómo no, de libros. «Las afinidades —le escribí en su momento— son muchas entre estos dos locos por la lectura y el libro, a pesar de la distancia, la diferencia de edad y de culturas... Pero, como diría el maestro Julián Marías, el diálogo entre las generaciones enriquece el pensamiento, y la confluencia de las trayectorias vitales y biográficas es siempre motivo de alegría y de ilusión propulsora».

Si quieres... lee

Con el tiempo, nuestras respectivas inquietudes personales y profesionales se abrieron paso en la conversación, y un día Juan Domingo me envió por correo postal un manuscrito. «Entre nosotros hay

grandes afinidades y confluencias vitales y librescas. Y en este nuevo libro se te irán apareciendo página a página», me escribió cuando le confirmé la recepción del manuscrito y mi intención de devorarlo inmediatamente. Tras una frenética lectura, le planteé la posibilidad de publicarlo en España y, tras semanas de intenso trabajo, de lectura con lápiz en la mano, de revisiones y correcciones, aquel original se convirtió en el primer libro de Fórcola Ediciones.

13

Si quieres... lee: Contra la obligación de leer y otras utopías lectoras, un más que provocador y políticamente incorrecto ensayo dedicado al fomento de la lectura entre los no lectores, sintetiza como ninguno de los anteriores su postura sobre el libro y la lectura, los cuales «adquieren sentido cuando suscitan reflexiones, dudas, inquietudes, subversiones, gozo y desdicha, euforia o melancolía en quien lo lee. Porque al leer, nos leemos y adquirimos más conciencia de lo que somos; al leer, pensamos y sentimos lo que ya hacemos, de todos modos, sin libros».

Los meses de trabajo en la preparación del libro significaron algo más que la simple puesta en limpio de un manuscrito para la imprenta, pues propiciaron la oportunidad de un encuentro personal entre los dos. Juan Domingo lo expresó con claridad meridiana en uno de sus correos electrónicos: «Me siento realmente contento con lo que conseguimos entre autor y lector y lo que conseguiremos entre editor y autor, pero sobre todo, por encima de cualquier cosa, por la amistad y

las afinidades electivas entre nosotros, ambos lectores y ambos autores».

14 Editar a Juan Domingo ha supuesto entablar una relación dialógica y personal que nos ha llevado a compartir una profunda amistad. Para ambos, este libro ha representado además la oportunidad de aportar algo más, de dar un valor intangible y trascendente a nuestro trabajo, un deseo implícito que Juan Domingo verbalizó de manera elocuente: «La vida fluye más allá de los libros y yo quiero, como deseaba Ortega y Gasset, que el libro involucre hacia la conversación y la humanidad, no hacia la erudición y la criptología».

La presentación oficial del libro y de la editorial en la Feria del Libro de Guadalajara, en diciembre de 2009, sirvió de ocasión para que Juan Domingo y yo nos conociéramos en persona, un encuentro que ambos recordamos con emoción contenida. Mucho era ya lo que compartíamos, muchas las confidencias que habían consolidado una amistad epistolar durante meses. En un acto entrañable, con Juan Casamayor como anfitrión, autor y editor pudimos compartir con el público asistente gran parte de nuestras mutuas inquietudes y reflexiones sobre este libro, y parte de la historia que lo fraguó.

En el texto que preparé para la presentación, titulado «El guardián de la puerta», quise rendir homenaje a todos aquellos que, desde la militancia y el compromiso, se dedican al fomento de la lectura: «Juan Domingo Argüelles es otro guardián de la puerta, no menos cau-

tivadora e irresistible, la de los libros que llevan a otros libros. Hay tantas puertas como guardianes; hay tantos guardianes como lectores. Realmente, todos los que leemos con pasión, todos los que hemos descubierto la experiencia lectora como parte del misterio de nuestra vida, somos verdaderas puertas de esta casa —no palacio ni mazmorra— que es la casa de la palabra».

15

A través de la selva oscura

En febrero de 2010, en uno de sus correos habituales, Juan Domingo me anuncia que me envía un manuscrito para que lo lea y le haga partícipe de mis primeras impresiones. Estos apretados folios, que en un principio se llamaban «Escritura y enfermedad», me invitaba a leerlos con una advertencia que despertó mi curiosidad: componían un librito «a un tiempo doloroso y satisfactorio». Juan Domingo, en un gesto entrañable de amistad, me confió este nuevo libro sobre el que reconocía abiertamente: «No puedo juzgarlo. Estoy muy cerca de él y ya le he dado demasiadas vueltas, tantas que me sé de memoria cada página. Tú, que sí puedes, júzgalo sin misericordia y sin compromiso. Si acaso me dices que es algo descarnado y no vale la pena, confiaré absolutamente en ti. Y si acaso te llega a interesar, es tuyo. Si sólo te interesa una parte y la otra no, también es tuyo».

Abordé inmediatamente su lectura, y en las primeras páginas descubrí un libro diferente a los que había leído de Juan Domingo, y en sus palabras, una voz muy

distinta, casi descarnada. El mismo autor me aclaraba en su mensaje: «Es un libro que me retrata y me refracta. Parido con dolor y reescrito con un inmenso placer (ya lejos de la enfermedad)».

16 En su intenso y apasionado diálogo con el libro de Willian Styron sobre la depresión, descubrí ya no al Juan Domingo escritor, mucho menos al lector, sino a la frágil persona que en un momento determinado de su vida sufre un proceso depresivo que pone al límite sus fuerzas y su inteligencia. Descubrí, tras aquel inteligente bibliósofo epicúreo que tanto había escrito sobre la biblioterapia, a un alma atormentada que no lograba encontrar sosiego en los libros y a quien la lectura no reconfortaba ya.

«Pienso que el temperamento melancólico ha sido una condición de casi toda mi vida.» Juan Domingo nos ofrece a sus lectores un testimonio sincero y conmovedor de su experiencia ante la depresión. Años han pasado de ese episodio de su vida, pero en un ejercicio de responsabilidad, fiel a esa vocación moral última que reclama para los libros y la lectura, se adentra en aquella «selva oscura» y nos hace partícipes de su dolor.

Hijo de Saturno

Juan Domingo se ha referido en muchas ocasiones a la melancolía en sus escritos. Así, en *Si quieres... lee*, afirmaba: «Se lee, sobre todo, porque el habla no nos basta, porque la verdad práctica es insuficiente y

porque estamos esencialmente inconformes con este mundo práctico y 'verdadero' que, en muchos momentos, es una enorme mentira, una gran frustración, una desesperante angustia, una ansiedad que, como el mar, extiende sus límites hacia todas partes: el mar de la melancolía, el mal de la desilusión». Pero, en este breve ensayo sobre la escritura y la depresión, Juan Domingo nos hace partícipes de su propia condición de melancólico: «Los melancólicos reivindicamos el derecho a la soledad e incluso a la tristeza».

17

Su temperamento natural melancólico hace a Juan Domingo víctima de la bilis negra, lo cual, sabemos desde Aristóteles, no le convierte necesariamente en un enfermo, pero sí le condena a una cierta propensión a la enfermedad que los modernos conocemos como depresión. Por culpa de la bilis negra, uno de los cuatro humores clásicos, Juan Domingo no tolera la sobriedad fría de la vida, y la melancolía le convierte en un ser excepcional que, según Platón y su teoría del furor, lo emparenta con héroes trágicos como Áyax o Heracles.

La tradición pitagórica otorga al melancólico la Tierra como su entidad cósmica, el otoño como su estación, la madurez como su edad, la sequedad como su cualidad, y el cerebro como el órgano con el que se identifica; esto último lo emparenta con eruditos y profetas. Los aficionados a la simbología lo identifican con el perro o el jabalí, y los sabios del arcano lo nombran hijo de Saturno, maestro en geometría, señor de la tierra, el tiempo y el campo, trabajador noctámbulo. Juan

Domingo, que como Robert Burton podría decir que «Saturno fue el señor culminante de mi nacimiento», queda emparentado así con ebanistas, carpinteros, orfebres, alquimistas y constructores, pero sobre todo con geómetras. La geometría, el «arte de la medida», es la ciencia por excelencia, la ciencia del peso y el número, y, en definitiva, de la sabiduría y la escritura. Como hijo de Saturno, el geómetra Juan Domingo posee las llaves, el poder del artista.

Muchos son los filósofos y sabios que a lo largo de la historia han reflexionado sobre la melancolía, como Juan Domingo nos recuerda en su ensayo. Desde Aristóteles dicha reflexión adquirió el rango de científica, y las aportaciones de Teofrasto, Posidonio, Sexto Empírico o Galeno en la Antigüedad, y Bartolomé de Mesina, Alberto Magno, Guillermo de Auvernia, Constantino Africano o Rufo de Éfeso en la Edad Media, nos han descrito al mínimo detalle la caracteriología del melancólico y la diversidad de sus síntomas. La bilis negra produce en el melancólico, a nivel físico, una etiología marcada por el miedo, la ansiedad, el nerviosismo, y a nivel psíquico, un temperamento sesgado por la irascibilidad y la tristeza.

Pero el ensayo de Juan Domingo no pretende quedarse en un recorrido más o menos erudito sobre el cómo y el porqué de la depresión, y su diálogo con los pensamientos de William Styron, Oliver Sacks, Castilla del Pino o Bruno Estañol, así como sus propias confidencias y reflexiones sobre la melancolía, trascienden

con mucho el simple ejercicio intelectual y ensayístico, para hacernos partícipes de su dolor, por el que, al igual que a Horacio, «la bilis me roe el hígado». Juan Domingo no se dedica, en palabras de Marcial, a hablar de centauros, ni gorgonas ni arpías, sino que su tema es el hombre y la humanidad, la persona concreta y su padecimiento.

Con el ánimo de arrojar luz sobre este mal, Juan Domingo es fiel al espíritu que inspiró a su antecesor Robert Burton en la elaboración de su tratado, y escribe «sobre la melancolía para estar ocupado en la manera de evitar la melancolía». En una de sus cartas me hizo partícipe de la motivación última de este tratado: «Su lectura quizá pueda servir a alguien, más que a mí».

19

Madrid, 27 de septiembre de 2010

ESCRITURA Y MELANCOLÍA

Puedo perfectamente imaginar a un hombre sin manos, sin pies y sin cabeza (porque es la experiencia la que nos enseña que la cabeza es más necesaria que los pies). Pero no puedo imaginar a un hombre sin pensamiento: sería una piedra, o una bestia.

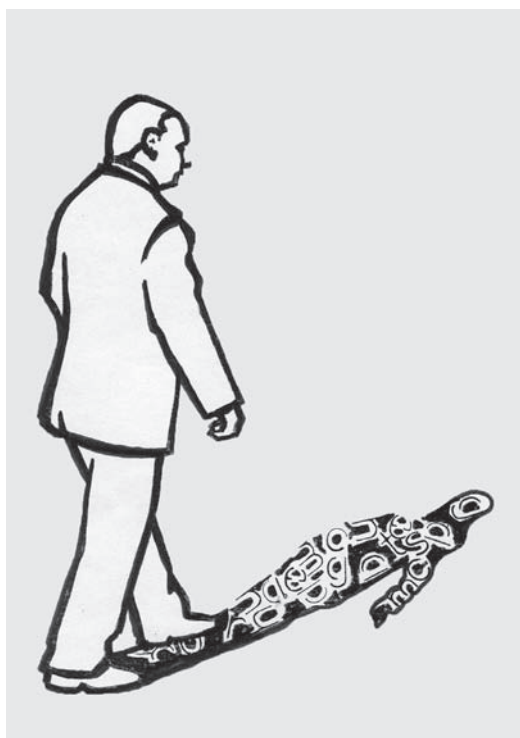
BLAISE PASCAL

La enfermedad es el lado nocturno de la vida, una ciudadanía más cara. A todos, al nacer, nos otorgan una doble ciudadanía, la del reino de los sanos y la del reino de los enfermos. Y aunque preferimos usar el pasaporte bueno, tarde o temprano cada uno de nosotros se ve obligado a identificarse, al menos por un tiempo, como ciudadano de aquel otro lugar.

SUSAN SONTAG

Todos estamos enfermos y sólo sabemos leer los libros que tratan de nuestra enfermedad.

JEAN COCTEAU



PREÁMBULO

A propósito de viajes y viajeros

25

LOS VIAJES —como el amor, los hijos, la amistad, los libros, la música, las películas, etc.— habrían de tener algún elemento decisivo en nuestra vida: ser imborrables y no reducirse a simples postales fotográficas para el álbum turístico de nuestra vanidad viajera. Hay viajes y hay consecuencias.

Es injusto y torpe generalizar pero —por lo que toca a los viajes y a los viajeros— habría que preguntarnos por qué hay tanta profundidad vital en no-viajeros y poco viajeros, como Kant y Montaigne, y por qué hay tan enorme frivolidad en una legión de viajeros frecuentes y turistas compulsivos, que viven obsesionados, un día sí y otro también, por ir hacia nuevos rumbos y caminar nuevos caminos para luego venir a contar que vieron esto y aquello, pero que siguen insatisfechos, porque mañana o la próxima semana, o el mes siguiente, abordarán avión, tren, autobús, barco o automóvil para ir otra vez por el mundo y luego otra vez regresar a contar otra vez lo que allá vieron.

A mi juicio, la respuesta es muy simple: porque los primeros viajaron al centro de sus vidas y, con ello, al centro más profundo de la humanidad, mientras que

los segundos (esos turistas compulsos y convulsos) no conocen casi absolutamente nada de sí mismos a cambio de haber hollado toda la banal periferia que juzgan centralidad, en una especie de provincianismo cosmopolita o exotismo provinciano.

26 Antes de querer conocer el mundo habría que comenzar por intentar conocernos a nosotros mismos. Pero ello exige más dedicación y más afán que llenar las maletas y comprar un billete.

El día que, encerrados en nuestro particular Königsberg, tengamos siquiera una mínima noción de quiénes somos, podremos, tal vez, conocer algo del mundo y de los demás. De otro modo, sólo sabremos de paisajes exóticos.

El viaje hacia nosotros mismos puede enseñarnos mucho más que mil caminos y destinos periféricos. Es una pena —pero también una alegría— que sea la enfermedad la que nos brinde, a veces, esta oportunidad de viaje.

MONTAIGNE sentenció: «La meta de nuestra carrera es la muerte, es el objeto necesario de nuestra mira: si nos asusta, ¿cómo podemos dar un paso adelante sin agitación?». Famosa es la frase con la que remató este profundo pensamiento: «No hay que proyectar nada a tan largo plazo. Hemos nacido para actuar. Que la muerte me encuentre plantando mis coles, pero sin preocuparme por ella, y menos aún por mi jardín imperfecto».

El jardín imperfecto de la vida es el universo real de toda la existencia. Los falsos sabios, los falsos profetas, los ilusorios apóstoles de la perfección del mundo (y toda una pléyade de charlatanes, unos muy célebres y otros anodinos) se desconciertan ante la forma en que el azar organiza, armoniza y recompone todo. Sin embargo, no hay nada más seguro que la casualidad ni nada más certero que la ignorancia para conocer realmente el mundo y hacerlo nuestro. El destino está hecho de azar y de necesidad más que de proyectos y cronogramas.

Quienes se afanan y se desesperan por entregar a sus hijos un jardín de perfección, lo único que logran es una prole frustrada que no es extraño que, en sus

momentos de emoción más sincera, acabe detestando a sus padres o haciéndose reproches a sí misma.

Es gente que no sabe vivir y que, por lo mismo, le tiene un enorme pavor a la muerte. Gente que vive asaeteada por la angustia de morir «antes de tiempo» (aunque nadie se muera la víspera) y por la absurda y ridícula búsqueda de la perfección; absurda y ridícula por imposible. Gente que hace de la frustración una manera de ser porque, irremediamente, vivirá inconforme ante la perspectiva de morir sin haber dejado en el mundo la «inteligente» huella de su «perfección». Gente que no tuvo jamás la noción de la siguiente certeza de Marco Aurelio: «En la vida de un hombre, su época es un momento; su juicio, el débil resplandor de una vela de sebo».

Si esta gente comprendiera a Montaigne, sabría que el que ha aprendido a morir ha dejado de ser esclavo, y que en el fondo cualquier angustia a propósito de la «mejor muerte posible» no es otra cosa que una tontería. Montaigne nos da la clave de la tranquilidad con su sonriente y profundo sentido común: «Si no sabes cómo morir, no te preocupes: la naturaleza te lo enseñará a su debido tiempo».

Epicuro nos ayuda también a reconciliarnos con la vida y a no hacerle demasiados gestos agrios a la muerte; todo ello si realmente lo leemos, lo comprendemos y aceptamos su ayuda, a través de la sabiduría de su *tetrapharmakon*: cuatro remedios dignos de tener a la mano:

- 1, liberarse del temor a los dioses y al más allá;
- 2, liberarse del miedo a la muerte;
- 3, buscar sólo los placeres necesarios, pues el placer correctamente entendido es fácil de alcanzar; y
- 4, superar el miedo al destino adverso y al dolor, que por lo demás dura muy poco.

Hacia el final de sus días, en una confesión de extraordinaria sinceridad, Jorge Luis Borges hizo más profunda su comprensión del mundo real (no del ficticio, en el que vivió por mucho tiempo), y escribió la siguiente maravilla para escarmiento de sí mismo y aviso a los demás:

*He cometido el peor de los pecados
que el hombre puede cometer. No he sido
feliz. Que los glaciares del olvido
me arrastren y me pierdan, despiadados.*

La sombra de la infelicidad cubre, en efecto, la vida de mucha gente que se la pasa velando por su jardín de perfección. La única verdadera pasión que conocen es la de la cólera, disparada por la frustración. Seres coléricos, agazapados o destructivos, pasan por el mundo y al final de sus días nos dejan únicamente su resentimiento. No fue el caso de Borges, desde luego, pero sí el de mucha gente que lo único que ha legado a este mundo es su infelicidad y su desilusión, y lo peor: sin siquiera un instante de reflexión sincera sobre su desdicha. Borges lo dice: «No me abandona.

Siempre está a mi lado/ la sombra de haber sido un desdichado».

30

Hablamos por la boca de la dicha y por la boca del dolor. Más veces por ésta que por aquélla. Nuestro idioma no es terso, con frecuencia es tartamudo. Y sin embargo se entiende porque la pasión siempre se hace entender. El discurso gélido del intelecto insensible a lo más que puede llegar es a la impostada ironía, al uso del sarcasmo como un látigo. Gente muy inteligente que quiere hacerse escuchar nunca lo logra, y no lo logra porque carece de la actitud congruente que sólo es posible con la pasión.

Bertolt Brecht tiene un apólogo luminoso al respecto, digno de ser recordado y atesorado todos los días. Dice así:

Una vez visitó al señor Keuner un profesor de filosofía que se puso a hablarle de su sabiduría.

Al cabo de un rato, el señor Keuner le dijo:

—No estás sentado a gusto, ni hablas a gusto, ni piensas a gusto.

El profesor de filosofía montó en cólera y replicó:

—No era sobre mi persona que quería saber algo, sino sobre el contenido de lo que he dicho.

—No tiene ningún contenido —replicó el señor Keuner—. Te veo andar torpemente y, por más que camines, no te veo llegar a parte alguna. Hablas oscuramente, y al hablar no arrojas ninguna luz. Cuando veo tu actitud, tu objetivo ya no me interesa.

El libro que el lector tiene en sus manos no es el de un profesor de filosofía parecido al que visitó al señor Keuner. De hecho no es un libro de un profesor de filosofía y ni siquiera un libro de filosofía, pero sí un libro que trata de filosofar, es decir de ejercer la práctica del pensamiento, de reflexionar, sin complejo ninguno sobre asuntos entrañables. Sólo los malos profesores de filosofía o los falsos filósofos piensan de veras que se necesita ser profesor de filosofía o filósofo para filosofar, para pensar con la inteligencia y el espíritu. En consecuencia, este libro no les debe nada a ellos, pero sí a todos los buenos profesores de filosofía y a los buenos filósofos que nos han animado a pensar y a sentir sin solicitar la venia de los fantoches intelectuales.

31

Este libro parte de algunas nociones de la experiencia propia que pueden también advertirse en las experiencias de los demás. Los buenos psicólogos y los buenos neurólogos lo saben: no es lo mismo poder reconocer, en otros, los síntomas de la depresión, que experimentar en el propio organismo la enfermedad. En el primer caso, hay un conocimiento científico de quien entiende mucho sobre la depresión, pero que *no sabe* exactamente *qué es* la depresión si él mismo no la ha experimentado. En el segundo caso, el conocimiento se deriva de la experiencia propia. Carlos Castilla del Pino diría que el dentista entiende de dolores de muelas, pero no sabrá exactamente cómo es ese dolor hasta que a él le duelan las suyas. Entender desde la experiencia propia nos da un cono-

cimiento más profundo, y por lo mismo más exacto, de nuestro ser.

32

Gracias a este conocimiento podemos saber, entre otras cosas, que la felicidad no es posible de un modo absoluto, que la vida nos entrega momentos felices a través de las alegrías cotidianas, y que las fuentes de la alegría están, precisamente, en las formas más simples del mundo, no en las grandes empresas ni en los más altos propósitos en los que depositan su idea de «felicidad» los enemigos del azar, los que se asombran de que la gente viva al día y muera igual, porque suponen que vienen al mundo a misiones extraordinarias que, por supuesto, siempre incumplen y acaban muriendo como todos, pero con la diferencia de padecer una enorme insatisfacción y una terrible frustración del tamaño de su fracaso.

Si, profesionalmente y por oficio, todos y cada uno de nosotros hiciéramos únicamente lo que nos gusta, y dijéramos no, sistemáticamente, a lo que queremos decir no, este mundo sería otro para todos. Pero hay mucha gente ahí afuera empeñada en desviarnos de nuestro camino y obstinada en que sigamos el suyo. Es una especie de premisa mesiánica: Deja todo cuanto estás haciendo y sígueme.

Este libro habla de la escritura y de la enfermedad, y en algunos casos de la enfermedad escrita y de la escritura enferma. Habla de lo que habla con la voz de lo vivido, y está escrito para las personas que no precisan de un manual de instrucciones para poder vivir; no es su intención ganar adeptos y ni siquiera dictar lecciones; se

conforma con compartir las cosas elementales que le dan sentido a la vida y que el mundo suele desdeñar porque la gente vive obsesionada por las grandes conquistas profesionales, económicas, mercantiles, de éxito social, etc.

De lo que habla en sus páginas es de lo que nos pasa todos los días: la alegría y el dolor, la dicha y la desdicha, la salud y la enfermedad, el amor y el desamor, la compañía y la soledad, la angustia y el contento: ese largo camino de opuestos complementarios que nos lleva irremisiblemente a la muerte. La muerte, tan temida como necesaria. Los ríos de la vida y el mar de la muerte, como con gran símil lo dijo Jorge Manrique:

33

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar
que es el morir:
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros, medianos
y más chicos,
allegados son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.*

En la primera parte se detiene un poco en la historia personal de la depresión, para luego, en la segunda parte, mostrar algo de lo que se ha aprendido con esa maestra del dolor, algo de lo que nos ha enseñado a

quienes no dejamos pasar esa valiosa aunque dolorosa oportunidad de aprender.

Si alguna de estas páginas le dice algo que valga la pena a algún lector, habrá cumplido su cometido. Habla de cosas que todos entendemos y de las que todos podemos hablar, y no reconoce más autoridad que el sentido común y la experiencia. Al final, el azar pone todo en su justo sitio.

Estas páginas, desconocido lector, pretenden ser catárticas, para ti y para mí: para todo aquel que haya sentido que la enfermedad en general y la depresión en particular le disminuyen el gozo, la alegría. Sin embargo, quien no quiera pasar más allá de este prólogo, suficiente es que se quede en el umbral pero al abrigo de un sabio consejo de Henri Beyle: «Adiós, amigo lector: procura no malgastar tu vida en odiar y en temer».

- Abad Faciolince, Héctor, *Angosta*, Seix Barral, Barcelona, 2003. 149
- Argüelles, Juan Domingo, *A la salud de los enfermos*. Joaquín Mortiz, México, 1995.
- *Piedra maestra*, Arlequín, México, 1996.
- Auster, Paul, *La invención de la soledad*, Anagrama, Barcelona, 2009.
- Bartolomé, Efraín, *Educación emocional en veinte lecciones*, Paidós, México, 2006.
- Brecht, Bertolt, *Historias del señor Keuner*, Alba Editorial, Barcelona, 2007.
- Castilla del Pino, Carlos, *Un estudio sobre la depresión*, Península, Barcelona, 2002.
- Céline, Louis-Ferdinand, *Viaje al fin de la noche*, Edhasa, Barcelona, 2003.
- Comte-Sponville, André, *Impromptus*, Paidós, Barcelona, 2005.
- *La felicidad, desesperadamente*, Paidós, Barcelona, 2009.
- Estañol, Bruño, *La vocación condenada*, UNAM, México, 2000.

- Green, Hannah, *Nunca te prometí un jardín de rosas*, Barral, Barcelona, 1974.
- Gombrowicz, Witold, *Diario*, Seix Barral, Barcelona, 2005.
- Jacquart, Albert, *Pequeña filosofía para no filósofos*, Nuevas Ediciones de Bolsillo, Barcelona, 2003.
- Kundera, Milan, *La insoportable levedad del ser*, Tusquets, Barcelona, 1993.
- Lottman, Herbet R., *Gustave Flaubert*, Tusquets, Barcelona, 1991.
- Mahfuz, Nayib, *Ecos de Egipto: pasajes de una vida*, Martínez Roca Ediciones, Barcelona, 1997.
- Mann, Thomas, *La montaña mágica*, Edhasa, Barcelona, 2009.
- Montaigne, Michel de, *Los ensayos*, Acantilado, Barcelona, 2009.
- Pascal, Blaise, *Pensamientos*, Alianza Editorial, Madrid, 2008.
- Paz, Octavio, *Corriente alterna*, Siglo XXI, Madrid, 2009.
- *Memorias y palabras: cartas a Pere Gimferrer, 1966-1997*, Seix Barral, Barcelona, 1999.
- *Traducción: literatura y literalidad*, FCE, México, 1971.
- Rexroth, Kenneth, *Cien poemas chinos*, Seix Barral, Barcelona, 2001.
- Ribeyro, Julio Ramón, *La tentación del fracaso. Diario personal*, Seix Barral, Barcelona, 2003.
- *Prosas apátridas*, Seix Barral, Barcelona, 2007.

- Roth, Philip, *El oficio: un escritor, sus colegas y sus obras*, Seix Barral, Barcelona, 2008.
- Sacks, Oliver, *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, Anagrama, Barcelona, 2007.
- Sandblom, Philip, *Enfermedad y creación*, FCE, México, 1995.
- Sontag, Susan, *La enfermedad y sus metáforas*, Nuevas Ediciones de Bolsillo, Madrid, 2008.
- Styron, William, *Esa visible oscuridad: Memoria de la locura*, La otra orilla, Barcelona, 2009.
- Svevo, Italo, *La conciencia de Zeno*, Gadir, Madrid, 2007.
- Vargas Llosa, Mario, *La Historia secreta de una novela*, Tusquets, Barcelona, 1971.
- Wilde, Oscar, *De profundis*, Siruela, Madrid, 2010.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- | | | |
|--|--|------------|
| <p>Abad Faciolince, Héctor, 86</p> <p>Abbagnano, Nicola, 102</p> <p>Abd Rabbih al-Taih, 90, 91</p> <p>Alejo, Jesús, 86</p> <p>Auster, Paul, 86</p> <p>Bartolomé, Efraín, 95</p> <p>Baudelaire, Charles, 41, 55, 99</p> <p>Berryman, John, 64</p> <p>Bishop, Elizabeth, 64</p> <p>Borges, Jorge Luis, 29</p> <p>Brecht, Bertolt, 30</p> <p>Bryce Echenique, Alfredo, 87, 88</p> <p>Camus, Albert, 41</p> <p>Castellanos, Rosario, 136</p> <p>Castilla del Pino, Carlos, 31, 53, 92, 93, 94, 95</p> <p>Catulo, Cayo Valerio, 99</p> <p>Céline, Louis-Ferdinand, 40, 41</p> <p>Chamfort, Sébastien-Roch Nicolas, 112</p> <p>Chaplin, Charles 'Charlot', 88</p> <p>Chaucer, Geoffrey, 47</p> | <p>Chopra, Deepak, 40</p> <p>Cicerón, Marco Tulio, 141</p> <p>Cioran, Emil Mihai, 103</p> <p>Cocteau, Jean, 23</p> <p>Colet, Louise, 59</p> <p>Comte-Sponville, André, 83, 84, 85, 94, 144</p> <p>Dalí, Salvador, 88, 95</p> <p>Descartes, René, 45, 72</p> <p>Diderot, Denis, 40</p> <p>Du Camp, Maxime, 58, 61</p> <p>Dyer, Wayne W., 40</p> <p>Eliot, Thomas S., 125</p> <p>Epicuro, 28, 141</p> <p>Estañol, Bruno, 18, 56, 67, 89, 143</p> <p>Filoctetes, 144</p> <p>Flaubert, Achile-Cléophas, 58</p> <p>Flaubert, Gustave, 41, 57, 58, 59, 60, 61</p> <p>Frost, Robert, 63</p> <p>Galeno, 18, 72</p> <p>Garibay, Ricardo, 123</p> <p>Gimferrer, Pere, 63</p> | <p>153</p> |
|--|--|------------|

- Goethe, Johann Wolfgang
von, 41, 143
- Gombrowicz, Witold, 51
- Graves, Robert, 143
- Greene, Graham, 123, 124,
147
- Green, Hannah, 73, 74
- Gutiérrez Pedreiro, Daniel,
43
- Hemingway, Ernest M., 41
- Hipócrates, 72
- Hitler, Adolf, 115
- Homero, 101
- Jacquard, Albert, 55, 94
- Jarrell, Randall, 64
- Jonas, George, 87
- Kant, Immanuel, 25, 45, 72
- Keaton, Buster, 88
- Kundera, Milan, 131
- Lao Zi, 112, 116
- Léautaud, Paul, 41
- Lezama Lima, José, 118
- Lottman, Herbert, 58, 61
- Lowell, Robert, 64
- Lucrecio, 65
- Mahfuz, Nayib, 90, 91
- Mandelstam, Ossip, 139
- Mann, Thomas, 52, 53
- Manrique, Jorge, 33
- Marco Aurelio, 28
- Márquez Cristo, Gonzalo, 62
- Martínez de Sousa, José, 106
- Marx, Karl, 70
- Mazzini, Giuseppe, 101
- Montaigne, Michael de, 25,
27, 28, 58, 66, 85, 119,
141, 144
- Munch, Edvard, 143
- Nerval, Gérard de, 41
- Nietzsche, Friedrich, 127,
135
- Novalis, Friedrich Freiherr
von Hardenberg, 142
- Pascal, Blaise, 23, 63, 69,
85, 146
- Pavese, Cesare, 41
- Paz, Octavio, 61, 62, 63, 64,
65, 66, 98, 122, 134
- Pirrón, 66
- Rexroth, Kenneth, 98, 100,
101
- Ribeyro, Julio Ramón, 41,
42, 116
- Rilke, Rainer Maria, 143
- Roethke, Theodore, 64
- Roth, Philip, 80, 81, 89
- Rousseau, Jean-Jacques, 53
- Sacks, Oliver, 18, 60, 74, 76,
77, 78, 79
- Saint-Exupéry, Antoine de,
116
- Sandblom, Philip, 143
- Sand, George, 60
- Sartre, Jean-Paul, 57
- Savater, Fernando, 126
- Schopenhauer, Arthur, 78

Schwartz, Delmore, 64
Séneca, Lucio Anneo, 138,
141, 146
Sófocles, 143
Sontag, Susan, 23, 49
Styron, William, 16, 18, 46,
47, 49, 50, 54, 55, 56, 57,
68, 89, 105, 106
Svevo, Italo, 51
Tu Fu, 99, 100
Unamuno, Miguel de, 101,
102
Valéry, Paul, 121
Vallejo, César, 42
Vargas Llosa, Mario, 62, 71
Vizinczey, Stephen, 87, 114
Warren, Howard C., 72
Wilde, Oscar, 111

155



Este libro, *Escritura y melancolía*,
de Juan Domingo Argüelles,
se terminó de imprimir
en Madrid el 16 de enero de 2011,
aniversario del nacimiento de
Susan Sontag (1933-2004).

«Eso que vino, el mal,
para instalarse,
no en la piel ni en los huesos,
sino en el corazón,
no es el dolor del mundo,
es un dolor más grande:
es mi dolor.»

«Del aullido»
Juan Domingo Argüelles



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. En cualquier caso, todos los derechos reservados.